

Autorretrato con paisaje. André Breton



ADOLFO CASTAÑÓN

La rebeldía no se manifiesta en el sueño. El tropiezo en la realidad es lo que la constituye: precisar es la rebeldía. El sueño es como la venganza de Dios [...] En cada tropiezo hay voluntad de tropezar. Bienaventurados los fracasados en el triunfo de la voluntad que se rebela.

Jorge Cuesta: "Apuntes sobre André Breton"

Por qué nace el surrealismo precisamente en la literatura francesa? ¿Por qué —más allá de sus virtudes carismáticas— el estudiante de medicina, nacido en 1896, por Acuario y el Mono, se entroniza tan espontáneamente como sacerdote de la palabra irracional en el centro de una cultura tan racional como francesa? Habrá que remontarse por lo menos dos siglos para intentar esbozar una explicación. Se da a principios del siglo XVII un proceso de transformación de la idea y de la práctica de la literatura. Con *La diplomacia del espíritu* —como la llama Marc Fumaroli— se inicia esa tradición literaria francesa, proverbial entre todas: la de la nitidez y la claridad, la conversación y el pensamiento exacto en la frase transparente.

Francia se seculariza, quema las naves barrocas y medievales y cohibe los excesos carnavalescos. Se impone la conversación y más: la comunicación, un espacio verbal liso.

Se proscribía al cíclope, se cancela la gigantomaquia, se da la espalda al pliegue y la torsión barroca y la pasión es admitida sólo si va vestida de alejandrinos. Pronto se iniciará con nítidos clarines la Ilustración, que es un proceso fecundo para la ciencia y el comercio pero a la larga devastador para la literatura y la poesía. La claridad, instrumento de la unidad cultural, es el primer rasgo que Federico II de Prusia retiene de la literatura francesa para promover una gran literatura alemana: "La claridad —dice a sus súbditos— es el primer rasgo que deben imponerse quienes hablan y escriben..." La diplomacia del espíritu radicará para el escritor en lograr sobrevivir a la sombra de la razón convirtiéndose al mismo tiempo en el mediador y portavoz de las razones de la razón y a veces de las otras razones (no las del corazón: también las del poder). Ese proceso ha sido ampliamente documen-

tado, por ejemplo, por Paul Bénichou, quien, desde *La coronación del escritor* hasta *El tiempo de los profetas*, hace la historia de la entronización del escritor como sacerdote laico, ambiguo embajador de la sinrazón en el País de la Razón, diputado autodesignado de los valores universales en la asamblea de la cultura. André Breton no se podrá librar completamente de esas taras hereditarias: no se libró de cumplir la venganza del convidado de piedra que fue el orden de lo sagrado en el Banquete del Progreso y de la Ilustración. Tampoco podrá emanciparse del todo de la gran sombra sacerdotal que lo llevaría a ser un heredero subterráneo de Víctor Hugo. Es cierto: no incurrió en el pecado bobo de un Aragón hipotecando su crédito como poeta por una credencial partidaria. Tampoco renunció en ningún momento a ser una especie de diputado de los valores universales en el seno de una sociedad que supo hacer de la crisis de los valores una vocación y un mercado. En ningún caso le regateamos a André Breton el haber devuelto a la discusión y a la vida pública algunas corrientes poéticas ocultas de la Europa anterior o a contrapelo de la Ilustración. Tal es, según algunos, el legado más perdurable del movimiento y de su gran animador. Debe leerse en ese sentido, desde esta orilla mexicana, el célebre ensayo de Alfonso Reyes sobre "Las jitanjáforas", los juegos insensatos del lenguaje poético que rozan la magia y el *non-sense*. Breton aparece retratado junto a Reyes en México, en una fotografía que su distraído biógrafo francés decide que fue tomada en Tenerife. Reyes alude al surrealismo y la vanguardia y escribe desde una idea de la literatura que comprende la poesía primitiva y la poesía barroca, la maquinaria de Calderón y el humor negro de la novela picaresca española —no incluida, por cierto, en las célebres atrabiliarias analectas—. Otros, como Borges, ni siquiera eso conceden a Breton. Borges, que vivió en Suiza la fiesta del último expresionismo alemán y los inicios del dadá y que practicaba a Quevedo, a Schopenhauer y a Shakespeare con soltura consanguínea, no tomaba demasiado en serio al surrealismo, según hacen constar las hilarantes sátiras a la vanguardia de H. Bustos Domecq.

Saludando así al manifiesto escrito por Breton y Diego Rivera, Borges dispara:

Hace veinte años pululaban los manifiestos. Esos autoritarios documentos renovaban el arte, abolían la puntuación, evitaban la ortografía y a menudo lograban el solecismo. Si eran obra de literatos, les complacía calumniar la rima y exculpar la metáfora; si de pintores vindicar (o injuriar) los colores puros; si de músicos adular la cacofonía; si de arquitectos preferir un sobrio gasómetro a la excesiva catedral de Milán. Todo, sin embargo, tiene su hora. Esos papeles charlatanes (de los que poseía una colección que he dado a la quema) han sido superados por la hoja que André Breton y Diego Rivera acaban de emitir. Esa hoja se titula con terquedad *Por un arte revolucionario independiente. Manifiesto de André Breton y Diego Rivera por la liberación definitiva del arte*. El texto es aun más efusivo y tartamudo [...] Pobre arte independiente el que premeditan subordinado a pedanterías de comité y a cinco mayúsculas. (Cfr. J. L. Borges, "Un caudaloso manifiesto de Breton", en *Textos cautivos*.)

El lado político-revolucionario de Breton no es su mejor herencia. Eso no invalida el valor ético del surrealismo, la aventura surrealista como una propuesta moral. No es fácil acosar esta idea. ¿Qué valor moral —más allá de la intransigencia solipsista— puede tener la escritura automática y el *collage*? Está en juego, al parecer, una axiología negativa, una ética del *no* a la reproducción en serie y a la crematística. ¿Por qué festejar a carcajadas el entierro de Anatole France si no es porque embalsamó a la literatura, transformándola en un fiambre pequeño burgués, por así decir, en una pantufla espiritual? Pero la moral surrealista que incluye entre sus posibilidades la crueldad y el suicidio y que considera el derroche y la desinhibición como medicinas universales, merece ser cuidadosamente distinguida del inmoralismo decadente de las generaciones anteriores —las de Rachilde, Gourmont, Lorrain y Schwob—. Distinguido también de las apatías activas o pasivas de Allais, Leautand, Gide y el mercenario Cocteau. ¿A qué se parece la moral surrealista? Aunque Breton haya sido alérgico a la antigüedad grecolatina, habrá que conceder que el código de honor surrealista no deja de tener asombrosas afinidades con el proyecto de los cínicos griegos: rechazo a la familia, la ciudad y los dioses como fuentes de valoración o legislación, levantamiento de los tabúes del progreso, el bienestar, el incesto y el canibalismo. Reticencia ante la civilización de la sepultura, el mausoleo y las obras completas, y afirmación, más acá y más allá del arte, de la vida independiente del espíritu como un valor supremo. Después y a pesar de toda alergia, los cínicos aparecen mencionados por Breton como precursores de Swift. Será el proyecto ético de este movimiento el que lleve a los surrealistas al exilio y haga que un hermano de última hora como René Char renuncie a cualquier manifestación literaria pública durante la ocupación. De esa moral retengamos un dato: la renuncia a participar en la industria cultural. La decisión de la pobreza y la austeridad como un estilo de vida. La herencia de André Breton y del surrealismo

no sólo será de índole ética sino editorial. Es verdad que nos cuesta trabajo, salvo excepciones y muy severas antologías, leer sus obras. También es verdad que sin el movimiento inventado por Breton no hubiésemos podido acceder al tesoro bibliográfico surrealista —más de quinientos títulos según Jean-Michel Place— y nunca, sin él, se hubiesen dado esas maravillosas novelas de la cultura que se llaman, por ejemplo, *La historia del surrealismo* de Maurice Nadeau, *De Baudelaire al surrealismo* de Marcel Raymond, *Las máquinas célibes* de Michel Carrouges y *El arco y la lira* de Octavio Paz. Tampoco estaríamos aquí sin esa herencia. Además de ética y arqueológica, la herencia de Breton es una herencia académica y universitaria.

¿Qué es lo nuevo en el espíritu nuevo? Jean Paulhan en 1922 intenta sonsacar a Breton una respuesta en una carta que, hasta donde sabemos, no tuvo respuesta a pesar de la amistad que lo unía al crítico de *Las flores de Tarbes*.

El redactor en jefe de la *N. R. F.*, Paulhan, pregunta:

El espíritu moderno, ¿existe? Y si sí, ¿en qué consiste principalmente?

a) En un *estado* moderno de sentimientos y de pensamientos (que habría engendrado, por ejemplo, el maquinismo).

b) En la reacción sobre el espíritu de "la vida moderna exterior": máquinas, teléfonos, etcétera.

c) En una nueva forma de concebir y de tratar los puntos de contacto con la vida exterior; o sea en una nueva forma de expresión.

En una palabra, el espíritu moderno, ¿es interior, exterior o mixto?

Breton no respondió a la carta de Paulhan pero, si leemos el *Primer manifiesto* publicado dos años después, en 1924, concluiremos: mixto.

Breton fue toda su vida, según propia confesión, lector de M. Teste y se podría decir que fue un M. Teste de la inteligencia no racional. Un M. Teste de las otras manifestaciones del espíritu. Breton —recordémoslo— inicia su marcha hacia el surrealismo como asistente de neurólogo en el gabinete de un médico militar poco antes de concluir la guerra. Dadá y el surrealismo afloran como una medicina del espíritu en aquellos años de guerra y de nacionalismo. Simbólicamente, Apollinaire muere por las consecuencias de una trepanación un día antes del Armisticio. Breton el aprendiz de neurólogo, el racionalista, el hegeliano que sustituye al Estado por el Arte sin renunciar a la marcha de lo Absoluto, el prosista que recuerda más al Chateaubriand de las frases inspiradas que al Baudelaire del disparo infalible, el M. Teste del humor negro, supo poner los instrumentos clínicos del psicoanálisis al servicio de la poesía y copiar pacientemente y con pulcritud filológica en la Biblioteca Nacional las *Poemas* de Lautréamont. Asume todos los riesgos en su cruzada donde ética y estética buscan confundirse. El riesgo de parecer un papa o un charlatán le parecía banal a la luz de esa hazaña ridícula (pero ya lo dijo Mircea Eliade: el ridículo es un motor del progreso humano *remember J. C.*): liberar el Santo Sepulcro

del Espíritu de manos de los infieles utilitarios. Por fortuna, Breton fue también en cierto modo utilitario. El psicoanálisis, el espiritismo, la alquimia, el ocultismo, la iniciación esotérica, la sociología religiosa de Durkheim, el humor, la poesía y el arte primitivo como recursos del Espíritu Moderno. Si el surrealismo se presenta como una insurrección generalizada contra la Ilustración y el *Proceso Civilizatorio*, cabe considerar a Breton como el director de esa otra Revolución —la de 68— que verá la luz unos años después de su muerte. ¿Cuál es el nuevo pacto social propuesto por el surrealismo? Una vez más, ¿en qué consiste el proyecto ético del surrealismo?

Al plantearse como una búsqueda, una situación de sí mismo en la historia y en el mundo interior, el escritor surrealista busca extremar sus polos hasta hacerlos tocarse y, según Ferdinand Alquie, merece ser llamado humanista por esa búsqueda de reconciliación de la historia, el saber del cuerpo y la gnosis interior. El M. Teste del humor negro podría figurar cómodamente en un suplemento contemporáneo de la *Historia literaria del sentimiento religioso* escrita por el amigo de Paul Valéry, el abate Brémond. El tenaz corresponsal de la escritura automática, el director de la razón en crisis, nutre a la escuela de sociología de Bataille y Caillois, sirve involuntariamente de inspiración a Hermann Broch en su teoría del *kitsch*, alimenta a los *beatniks*, influye en la pintura europea y norteamericana y en la literatura latinoamericana escrita en los años cincuentas y sesentas (Julio Cortázar y Octavio Paz), produce, más allá de obras y nombres, una verdadera catarata bibliográfica. El surrealismo pasa a ser una memoria clásica, memorable y escolar, seductora y formativa —aunque el doctor Harold Bloom ni siquiera lo mencione en su *Canon occidental*—. ¿Provincianismo de Bloom o del surrealismo?

Breton no es tan poderoso en cuanto poeta como en cuanto adivino de obras, autores y sensibilidades. No es para nosotros tanto el autor de textos definitivos sino —algo que hizo en la realidad gracias a su clarividente mecenas Doucet— el autor de una o varias bibliotecas. Breton como editor y creador de un catálogo: de Rimbaud a Lichtenberg y Germain Nouveaux, de Novalis y Apollinaire a Swift y Lautréamont; Breton, maestro de ceremonias de una fiesta que se mueve según él cambia de domicilio; Breton, el hombre que inventó el autorretrato como paisaje.

Para alguien nacido en México en 1952 (el año de las conversaciones radiofónicas de A. Breton con Parinaud) y educado sentimentalmente, por desgracia, en la sensibilidad de 1968, no es fácil hablar del autor de *Nadja* con neutralidad. No porque Breton no hubiese influido directamente en algunos sino porque estaba en cierto modo detrás de todo. ¿Había *otra cosa* además del surrealismo, sus raíces y sus ramas? Culturalmente, el 68 —revolución surrealista según Julien Gracq— gravitó sobre todo en torno a dos autores, ambos nacidos en 1914, Julio Cortázar y Octavio Paz. La aventura poética y metafísica, la búsqueda, la *quête* de *Rayuela*, el fervor y la furia fantástica de *Todos los fuegos al fuego*, el delirio costumbrista y guerrillero de *Historias de cronopios y de famas*, los juegos y travesuras tipográficas de

Último round y *La vuelta al día en ochenta mundos*, la magia cotidiana y la insurrección ética y política pregonadas y practicadas por *El libro de Manuel* dejarán más que huellas, tatuajes en la generación de paz y amor, mariguana y flores en el pelo. En el orden de las ideas, los ensayos y la poesía de Octavio Paz no tuvieron menos ascendente, el orientalismo de *Ladera Este*, el mito como clave de lectura en *Posdata*, la formulación de una teología atea pero cuidadosamente atenta a los indicios de lo sagrado en *Conjunciones y disjunciones*, la creencia en una metafísica del arte a partir de la obra de Marcel Duchamp expuesta por Paz en *Apariencia desnuda* prueban el desbordamiento surrealista en América Latina. Pero si culturalmente en América Latina Cortázar y Paz levantan las banderas del surrealismo apropiándose, el 68 mexicano será muy distinto del francés: más ciudadano y más político. Jalonada por gorilas y repúblicas bananeras, pautada por un espíritu festivamente macabro como lo manifiesta el arraigo mexicano del humor negro, gobernada por repúblicas simuladas y grandes familias políticas inspiradas en la familia Burrón, la historia de América Latina parece tener necesidad del espíritu crítico del surrealismo. La crítica de Octavio Paz en 1968 al reinado grotesco y ubuesco de las burocracias locales debe leerse en ese sentido.

Lo confieso: conocí primero a los hijos latinoamericanos del surrealismo y luego a los surrealistas. El culto profesado a Macedonio Fernández, Oliverio Girondo o César Vallejo no sería del todo explicable sin la impronta surrealista. Caprichos de la historia y la geografía: primero nos enamoramos de la Maga y luego de Nadja. Primero la *Pequeña sinfonía del nuevo mundo* de Cardoza y luego el *Viaje a México* de Artaud. En los cafés jugábamos invariablemente a los *cadáveres exquisitos*, practicábamos sesiones interminables de bibliomancia y supimos hacer un *collage* antes que un soneto. En cierto momento latinoamericano, la influencia surrealista fue tan poderosa que, para sobrevivir, fue necesario huir de ella. La herencia surrealista podía ser —lo comprobamos— un lastre, pues en ella buscaron amparo algunas de las tendencias más selváticas de la literatura hispanoamericana. La fortuna del surrealismo —heredero del Romanticismo— no sería una casualidad en un continente donde la cursilería, los oficios sublimes del Romanticismo, son tan arraigados y populares. El surrealismo cae así en un propicio caldo de cultivo retórico, como puede apreciarse en las proliferas obras de los venezolanos Gerbasi y Liscano, del guatemalteco Cardoza, de los mexicanos Montes de Oca y Aridjis. Otra influencia surrealista perceptible y más saludable es el cambio de actitud hacia la realidad y la cultura indígena. Después de Artaud o Peret es más difícil ser racista y, sin la influencia surrealista, serían inconcebibles antologías de la literatura y la poesía indígena como las de Ernesto Cardenal o Jorge Zalamea. Hoy, al surrealismo devorado por la Universidad, la publicidad y la industria cultural, corresponde el México modernizado del TLC. Mientras el surrealismo pasa a la fase de ocultación en México, le corresponde en el plano social una segunda muerte en las manifestaciones y en los carnavales *light* de las huelgas francesas contra el Plan Juppé en diciembre de 1995. ♦